

ZOOM **E**conómico

El debate sobre la desigualdad: el “efecto Piketty”

Iván Martínez Calcaño

2018 / 11

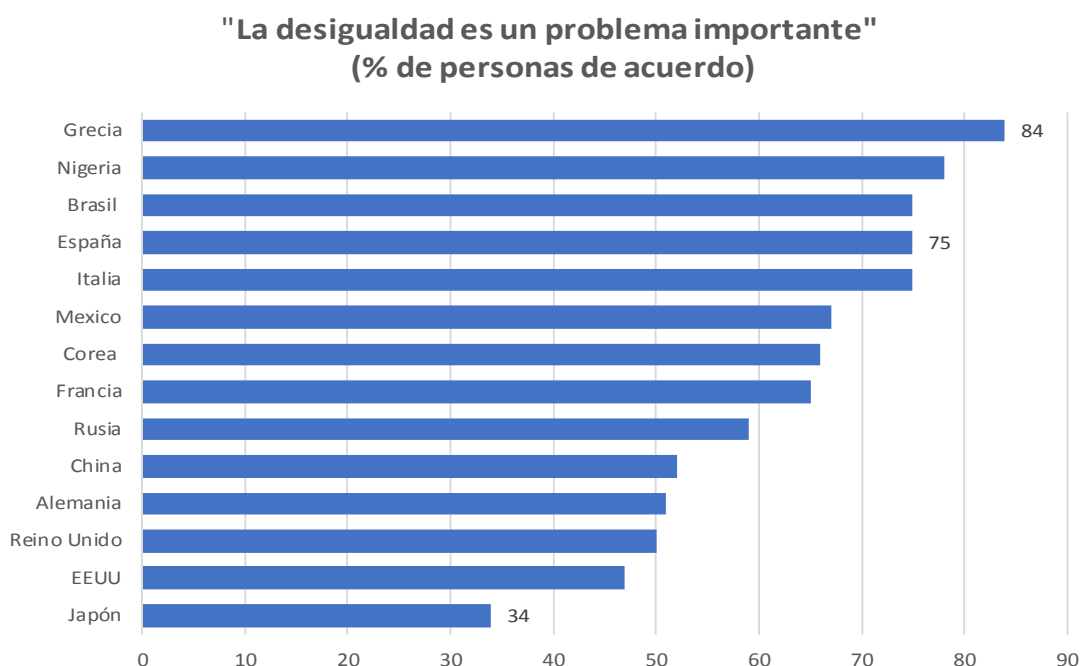
Resumen

La creciente desigualdad en la distribución de la renta es ya una prioridad para la opinión pública en las economías avanzadas, sobre todo en lo que atañe a la academia y al ciudadano de a pie. Menos importancia suele recibir, sin embargo, en el ámbito de la política. El reciente esfuerzo académico y divulgativo de Thomas Piketty se tradujo en un superventas (*Capitalismo en el Siglo XXI*) poco frecuente en cuanto a su temática -Capitalismo y desigualdad- y tratamiento -a medio camino entre el lenguaje técnico y el divulgativo-. El libro encendió un rico y polémico debate sobre el tema en un contexto más intelectual que político. Este debate ha contribuido a nuevas publicaciones en clave divulgativa por parte de especialistas en la materia. El “efecto Piketty” sobre la industria editorial podría prefigurar, a nuestro entender, una mayor concienciación del problema de la desigualdad en el mundo político.

1. Introducción

“
 Más del 60%
 de la
 población
 mundial
 considera que
 la desigualdad
 de rentas es
 un “problema
 importante”,
 según un
 estudio del
 Pew Research
 Center.
 ”

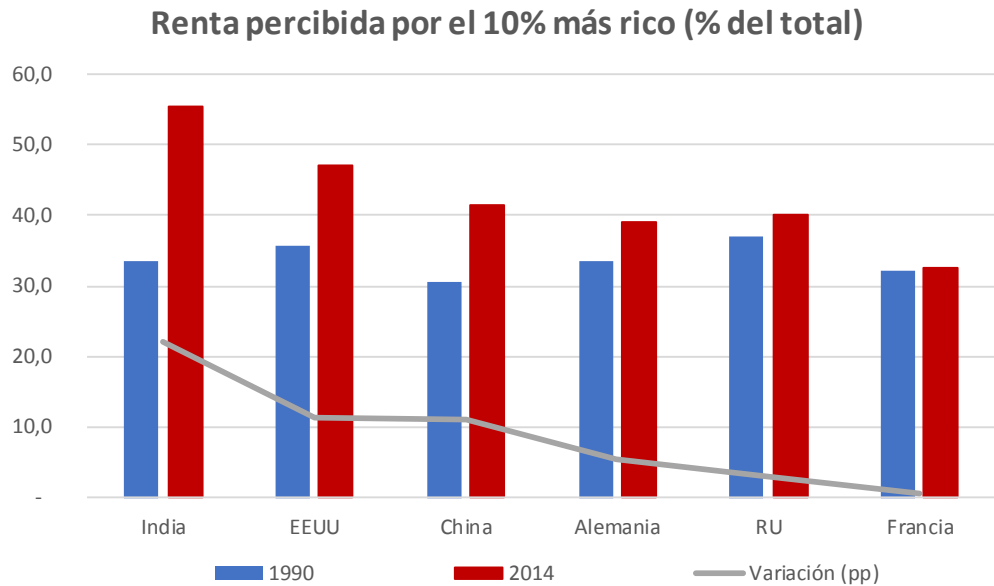
Hace poco un titular del *Financial Times* alertaba sobre “la amenaza de la desigualdad de rentas”, reflejando declaraciones de la Presidenta del Fondo Monetario Internacional (FMI), Christine Lagarde. Esta advertencia – improbable hace un par de décadas– iba dirigida a líderes empresariales y políticos reunidos en Davos durante el Foro Económico de 2016, e ilustra la importancia que la desigualdad de rentas ha cobrado hoy como problema económico global. La percepción del ciudadano de a pie no es distinta: más del 60% de la población mundial considera que la desigualdad de rentas es un “problema importante”, según un estudio del Pew Research Center.



Fuente: Spring Pew Global Attitudes Project Survey 2013.

Accesible en internet: <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2013/11/15/the-global-consensus-inequality-is-a-major-problem/>

Las estadísticas confirman que esta preocupación no es gratuita. El indicador de desigualdad de rentas más empleado, el coeficiente de Gini, refleja un aumento de 5 puntos porcentuales en las economías avanzadas en el período 1990-2012. Otros indicadores más intuitivos para el ciudadano común, como la participación del 10% más rico sobre la renta total, también revelan una creciente desigualdad en la mayoría de las regiones del mundo. Esta última ha aumentado en casi todos los países de la OCDE, situándose hoy su media en el entorno del 40%. Por otra parte, el célebre 1% más rico captura en promedio el 10% de la renta, y hasta el 20% en países como Estados Unidos e India. En contraste, el 20% ubicado entre el 40% más rico y el 40% más pobre, una medida gruesa de la “clase media”, recibe hoy en media un 2% menos de lo que obtenía en 1990.



Fuente: World Top Incomes Database. Accesible en internet: www.wid.world

Los estudios econométricos (modelos estadísticos basados en datos observables) comprueban, cada vez con más claridad, que existe una relación inversa entre desigualdad y crecimiento económico. Es decir, a mayor desigualdad, menor crecimiento y viceversa. De ahí que la corriente principal del pensamiento económico hoy reconoce que, al menos por esta razón, es deseable procurar una distribución de la renta más equitativa. También existe cierta evidencia estadística de que esta causalidad opera también en dirección contraria, es decir: el crecimiento económico generaría mayor desigualdad. Sin embargo, y pese a lo que revelan los *datos*, la ciencia económica no cuenta con una *teoría* moderna establecida que nos explique cómo es la relación entre desigualdad y crecimiento económico. En casos como este, la evidencia estadística a veces puede ser insuficiente para motivar cambios en las políticas públicas. **En política, la capacidad para persuadir resulta crucial, y en el mundo de hoy esta capacidad depende más de argumentos o explicaciones convincentes –sean estas ciertas o no– que de una montaña de evidencia empírica.**

2. El potencial desestabilizador de la desigualdad

En el terreno movedizo de las ciencias sociales suele ocurrir que cuando no hay respuestas claras recurrimos a las ideologías, o en todo caso a explicaciones pseudo-científicas. Este parece ser el caso del debate sobre desigualdad y crecimiento. En el extremo liberal se encuentra, por ejemplo,

la creencia en el “efecto derrame” (*trickle-down economics*), que afirma que el crecimiento económico conduce a una menor desigualdad, ya que la riqueza generada en los estratos de renta alta se derrama a las clases medias y bajas. Este viejo argumento puede rastrearse hasta la obra de Adam Smith de finales del siglo XVIII, cuando el pensamiento económico tenía más de especulación filosófica que de teoría científica. Esta última, por definición, debe ser susceptible de confirmación o refutación con datos observables. Sin embargo, **muchas de las intuiciones de los primeros economistas conservan tal fuerza argumental que siguen usándose en el debate político**, tengan o no soporte en los datos. El efecto derrame es una de ellas. Prueba de su vigencia es su utilización para justificar la reforma tributaria de corte regresivo de la administración Trump, promovida con el objetivo explícito de elevar la tasa de crecimiento potencial de los Estados Unidos al 3%.

En el otro extremo se sitúa una idea que viene a ser todo lo contrario al efecto derrame: la noción de que el desarrollo del capitalismo –y por tanto el continuo crecimiento económico– conlleva a una creciente desigualdad potencialmente desestabilizadora para el propio sistema. Una posible conclusión lógica, pero ciertamente no la única, es la predicción del fin del capitalismo realizada por Marx. Su profecía explicaba el mecanismo que produciría la debacle del sistema. En concreto, Marx afirmaba que la creciente competencia entre empresarios supondría sustituir cada vez más capital por trabajo (para abaratar costes), elevando el número de desocupados y la desigualdad a niveles máximos. En paralelo, la mayor competencia conduciría al desplome de la tasa de rentabilidad (o ganancia) del capital y al colapso de la producción y del sistema entero.

Sin embargo, el análisis marxista omitió el progreso tecnológico, incesante desde el siglo XIX. Este abarata el coste de producción (o visto de otro modo, eleva la productividad), y más que compensa el efecto bajista que tiene la competencia sobre la tasa de rentabilidad, evitando que esta caiga abruptamente. Cabe notar que la teoría marxista, al igual que la de Smith, nunca estuvo respaldada por datos o comprobaciones estadísticas. Más de un siglo después, el rotundo fracaso del comunismo en el siglo XX es para muchos la más contundente -y costosa- refutación empírica de la teoría marxista.

Tras la caída del muro de Berlín, vivimos bajo la sensación de que la existencia del capitalismo no está seriamente cuestionada, menos aún amenazada. Ello contribuiría a explicar por qué el reciente aumento de la desigualdad, en tanto que preocupación de especialistas y ciudadanos, no se traduce en un tratamiento realmente prioritario del tema en la agenda de

“
La idea de que el capitalismo de hoy podría estar generando una desigualdad potencialmente desestabilizador a no termina de ser asumida por la “corriente principal” de la política. En cambio, es reivindicada por movimientos sociales espasmódicos como el célebre Occupy Wall Street.
 ”

políticos y empresarios en las economías avanzadas. Así, la idea de que el capitalismo de hoy podría estar generando una desigualdad potencialmente desestabilizadora no termina de ser asumida por la “corriente principal” de la política. En cambio, es reivindicada por movimientos sociales espasmódicos como el célebre *Occupy Wall Street*, o por partidos políticos extremistas que, por su propia naturaleza, no garantizan una solución de consenso para atacar el problema.

3. Desigualdad en el siglo XXI: el despertar de la consciencia

En este contexto, la publicación de un libro como “El Capital en el Siglo XXI” (en adelante: CSXXI), de Thomas Piketty (2014) tuvo la virtud de resucitar, en un marco más intelectual que político, el debate público sobre la aparente tendencia orgánica del capitalismo a generar creciente desigualdad, un tema que parecía injustamente desacreditado por el fracaso del marxismo. A diferencia del “efecto derrame” y del marxismo, CSXXI ofrece una teoría de la relación entre crecimiento y desigualdad soportada en una larga serie de datos históricos.

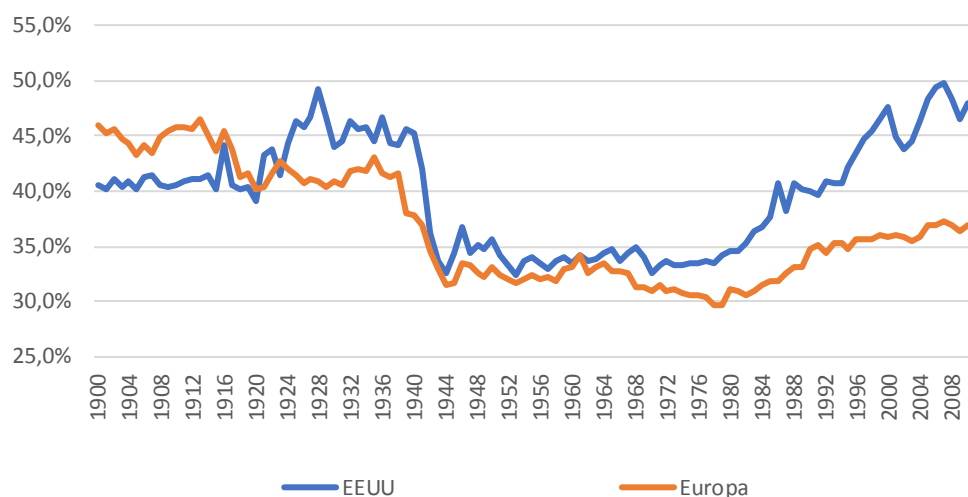
Debido a su lenguaje accesible al público no especialista, algunos críticos alegan que el libro sobre-simplifica un problema complejo, validando con ello los eternos mantras de la extrema izquierda, o las creencias simplistas del público de masas. **Se esté o no de acuerdo con los argumentos de Piketty, la intención de causar controversia parece difícil de negar.** De entrada, el título es una provocación que alude a “El Capital” de Marx, el texto sagrado del comunismo. Además, sus proposiciones teóricas son llamadas, no sin cierta presunción, “leyes fundamentales del capitalismo”. Estos elementos parecen más bien trucos de *marketing* que el autor utiliza hábilmente para capturar la atención del mayor público posible. No en vano el libro se convirtió en un superventas instantáneo en la primavera de 2014. En cuanto a su contenido, sus similitudes con “El Capital” acaban en el título.

Un primer aporte de Piketty y su red de economistas asociados es el enorme esfuerzo de compilación de datos históricos sobre rentas y riquezas, el cual abarca un período que en algunos casos se extiende desde finales del siglo XVIII hasta hoy. La obtención de datos sobre renta y riqueza es de por sí complicada, debido a la tendencia natural de las personas a sub-declarar esta información en las encuestas que habitualmente realizan los institutos de estadísticas de los gobiernos. Por tanto, Piketty utiliza las declaraciones de impuestos sobre la renta y de sucesión, donde el incentivo a sub-declarar es en teoría mucho menor. Sólo en unos pocos países está

disponible esta información para un período tan largo de tiempo, entre estos: Reino Unido, Francia, Estados Unidos, Alemania, Suecia y Japón.

Con base en esta nueva información, la narrativa principal de Piketty se vale principalmente de dos medidas de desigualdad: la participación del decil y del percentil superior (el 10% y 1% más rico) tanto en la renta como en la riqueza total. A partir de estos indicadores el autor identifica varios hechos relevantes en la relación entre desigualdad y crecimiento en la historia del capitalismo. En primer lugar, **la desigualdad de rentas y de riqueza era muy elevada al comenzar el siglo XX. El decil más rico capturaba más del 45% de la renta y entre el 80-90% de la riqueza¹. Por tanto, se trataba de un “capitalismo patrimonial” o “sociedad de herederos”, es decir, un sistema donde unas pocas familias concentraban la riqueza, la clase media era relativamente pequeña, y las oportunidades de ascenso social muy limitadas.**

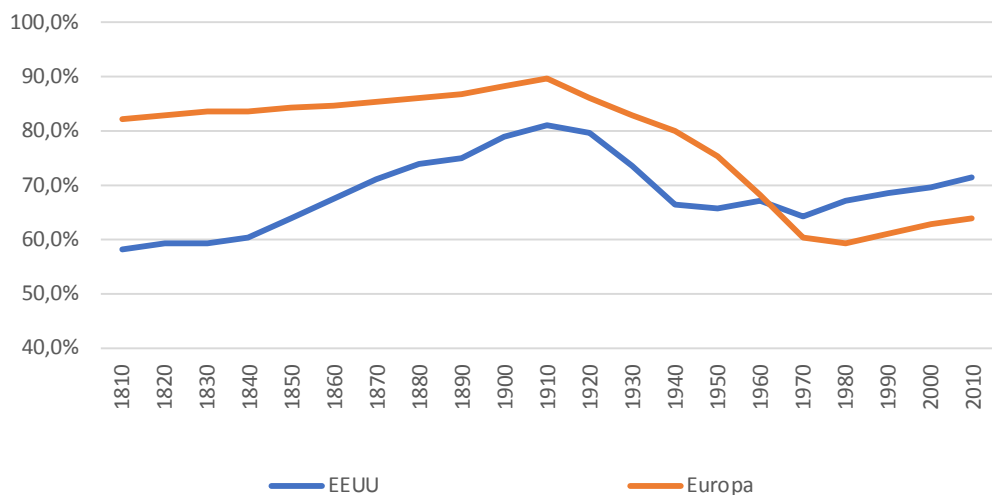
Participación del decil más rico en la renta
(1900-2010)



Fuente: Cálculos de Piketty y otros. Accesible en internet: <http://piketty.pse.ens.fr/en/capital21c>

¹ Para la distribución de la renta no hay datos disponibles antes del siglo XX. En el caso de la distribución de la riqueza, la desigualdad mostró una tendencia creciente durante el siglo XIX tanto en Estados Unidos como en Europa. De esta evidencia Piketty asume que la desigualdad de rentas, muy dependiente de la desigualdad de riquezas, también habría crecido en el siglo XIX.

Participación del decil más rico en la riqueza (1810-2010)



Fuente: Cálculos de Piketty y otros. Accesible en internet: <http://piketty.pse.ens.fr/en/capital21c>

Durante buena parte del siglo XX, una combinación de eventos aleatorios y cambios institucionales causaron un descenso sostenido en la desigualdad, especialmente en el período 1910-1970. Entre estos destacan: la creación del impuesto sobre la renta, el fortalecimiento de los sindicatos, la aparición del estado del bienestar en Europa, la gran depresión de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial. Así, la participación del decil más rico en la renta se redujo entre 15 y 10 puntos, situándose por debajo del 35% en 1970. En el caso de la riqueza, la “destrucción patrimonial” tras la gran depresión y la segunda guerra mundial, causó un desplome de la participación del 10% más rico (entre 20 y 30 puntos), tocando un mínimo cercano al 60% en 1970. Por otra parte, **la creación del estado del bienestar institucionalizó mecanismos redistributivos que permitieron la aparición de una importante “clase media propietaria” en estas sociedades, y la posibilidad para las clases bajas de mejorar su nivel de vida a través de su esfuerzo.** Así, el capitalismo adquirió un carácter “meritocrático” que no tenía en el siglo XIX.

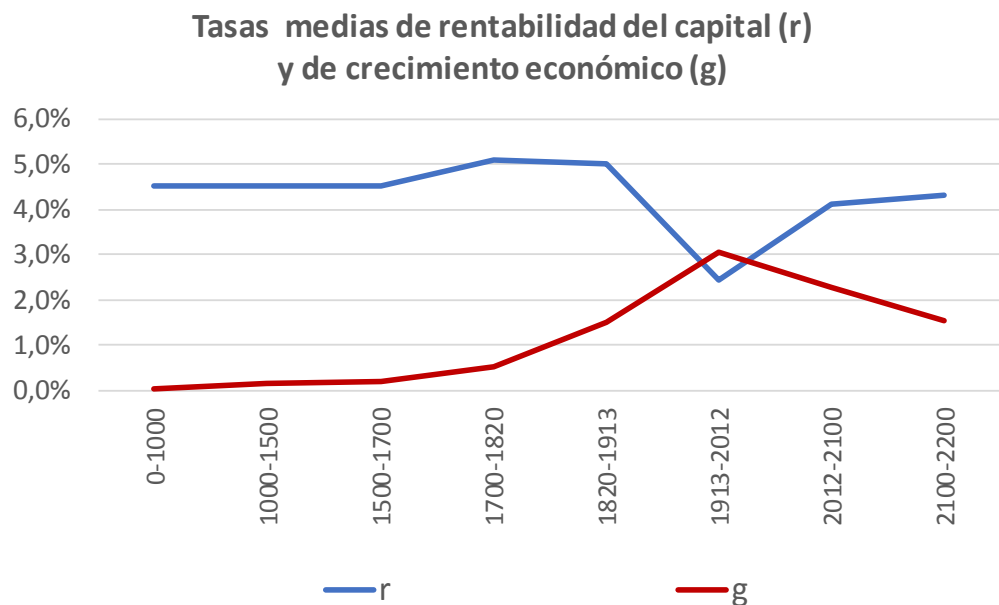
Sin embargo, los datos presentados por Piketty revelan que durante los últimos 50 años este proceso se habría revertido, pues se observa un crecimiento sostenido de la desigualdad, cuyo nivel se acerca cada vez más al de principios del siglo pasado. ¿Significa esto que el capitalismo estaría recobrando su antiguo carácter patrimonial?

Para contestar esta pregunta Piketty recurre a un controversial modelo de tres proposiciones matemáticas. A partir de este, deriva una sencilla relación que establece que la desigualdad en riqueza es directamente proporcional a la tasa de rentabilidad del capital (que se denota como “r”), e inversamente

“
 Si la riqueza
 acumulada –ya
 existente– crece
 más rápido que
 la nueva
 riqueza creada
 –el PIB actual–
 entonces la
 brecha entre
 quienes ya
 poseen riqueza
 y los
 potenciales
 nuevos
 propietarios se
 amplía.”

proporcional a la tasa de crecimiento de la economía o del PIB (denotada como “g”). El argumento y la predicción principal del libro descansa en el supuesto que realiza el autor sobre la relación entre estas dos últimas variables, y que puede considerarse como la “relación fundamental” de CSXXI.

Cuando el capital (es decir, la riqueza) crece a una velocidad superior (r) a la que crece la economía (g), entonces la desigualdad aumenta, y viceversa. Intuitivamente, si la riqueza acumulada –ya existente– crece más rápido que la nueva riqueza creada –el PIB actual– entonces la brecha entre quienes ya poseen riqueza y los potenciales nuevos propietarios se amplía. Si esta relación ($r > g$) perdura suficientemente en el tiempo incluso puede ocurrir que la riqueza heredada crezca más rápido que la riqueza realmente ganada con trabajo.



Fuente: Cálculos de Piketty y otros. Accesible en internet: <http://piketty.pse.ens.fr/en/capital21c>

Posteriormente se afirma, con base a los datos recabados, que la relación fundamental $r > g$ se habría cumplido desde al menos la revolución industrial del siglo XVIII. En concreto, según estimaciones con base a una muestra de 30 países, entre 1700 y 2012 el rendimiento medio del capital fue del 4,5%, mientras que el crecimiento medio de la economía fue del 1,7%. Solo durante el período 1910-1970 –y debido a la combinación de factores referida arriba– la relación se invirtió ($r < g$) de manera temporal. Desde esta perspectiva histórica se afirma que hay una tendencia natural en el capitalismo a que $r > g$ se cumpla, y que sólo la intervención del Estado o eventos catastróficos impredecibles pueden revertirla.

Piketty asume dos premisas básicas para profetizar que la relación $r > g$ se

cumplirá en el futuro y que, por tanto, la desigualdad crecerá hasta niveles políticamente insostenibles. En primer lugar, el bajo crecimiento actual de la productividad (principal motor del crecimiento económico a largo plazo) continuará e incluso caerá, haciendo que “g” se reduzca por debajo de su nivel actual (alrededor de 3,5%). En segundo lugar, la tasa media de rentabilidad de la riqueza “r” se mantendrá más o menos constante.

Frente a este sombrío panorama se propone el establecimiento de un “impuesto global a la riqueza” para “regular el capitalismo”, y detener así el proceso actual de concentración de la riqueza. Piketty admite de entrada que la idea es una “utopía”, pero afirma que sería útil como referencia para que gobiernos que ya recaudan impuestos patrimoniales coordinen esfuerzos para crear el impuesto en una “zona de partida”, a condición de que esta sea “suficientemente grande”. La propuesta sugiere un tipo impositivo del 1% para patrimonios entre 1 y 5 millones de euros, y del 2% para patrimonios de más de 5 millones. Para el caso hipotético de la eurozona, la recaudación se estima entre 3 y 4 puntos del PIB.

El impuesto propuesto tendría dos virtudes adicionales. De un lado, permitiría hacer transparente la información sobre la distribución de la riqueza, la cual es ciertamente muy incompleta y opaca hoy en día. Como resultado de lo anterior, mejoraría la calidad del debate político sobre las políticas redistributivas. En concreto, la disponibilidad de información pública sobre el grado de concentración de la riqueza terminaría con la estéril discusión entre quienes piensan que “los ricos son tan ricos que bastaría gravarlos a un tipo minúsculo para resolver todos los problemas”, y quienes opinan que aquellos “son tan poco numerosos que nada sustancial se lograría gravándolos”. Como suele pasar, la verdad se encontraría en el medio.

La teoría, predicción y propuesta impositiva de Piketty desataron, como cabía esperar, una fuerte polémica. Sin embargo, la acogida del libro por parte de medios y especialistas puede considerarse positiva. **Publicaciones como *The Economist* y *The New York Times* valoraron el mérito de CSXXI de acompañar su teoría de un robusto soporte estadístico.** Entre los defensores más entusiastas del libro destacan los premios Nobel: Robert Solow y Paul Krugman. Este último afirmó, no sin cierta pomposidad, que se trataba “quizás del libro de economía más importante de la década”, y lo distingue de otros superventas porque “cambiará nuestro pensamiento sobre la sociedad y nuestra forma de hacer ciencia económica”. Por su parte, Solow, quien es una referencia en materia de crecimiento económico, destaca que la “nueva y poderosa contribución de Piketty” consiste en mostrar que si $r > g$ “la renta y riqueza del rico crecerá más rápido que la renta del

trabajador medio”.

Sin embargo, los detractores de CSXXI han sido muchos y muy críticos, por distintas razones. El *Financial Times* (FT), se mostró opuesto a algunos de los alegatos de Piketty desde distintos ángulos. Su cuestionamiento más controvertido, pero quizás el menos sólido, fue un presunto error de cálculo de Piketty que invalidaría sus conclusiones. Tras un intercambio de acusaciones de deshonestidad intelectual, el propio FT admitió que había sobredimensionado las consecuencias de dicho error, y acabó otorgando a CSXXI su tradicional premio al mejor libro de economía del año. Una crítica más pertinente es la de que Piketty no explica porque la desigualdad es importante. Según el columnista del FT Martin Wolff, un cierto grado de desigualdad es deseable como incentivo para la innovación, y omitir decirlo da pie a interpretaciones políticamente radicales de CSXII.

El también Nobel Joseph Stiglitz y otros economistas han remarcado como un error metodológico de Piketty equiparar los conceptos de riqueza y capital. Stiglitz coincide en que la riqueza total –y su concentración– han estado creciendo en los últimos años, pero lo atribuye a un aumento en el valor de la riqueza inmobiliaria (edificaciones y tierras), y no a un aumento del capital productivo (maquinarias, equipo, fábricas), que es el concepto realmente relevante en la discusión sobre crecimiento económico y distribución de la renta. Otra observación metodológica frecuente es la negativa del autor a usar el coeficiente de Gini. Piketty se defiende alegando que este índice –que resume la distribución en un solo número– impide saber cuál es la parte de la distribución que más incide sobre la desigualdad, y por tanto no refleja tendencias tan preocupantes como el crecimiento de la participación de los estratos en la cima de la distribución.

Pero la mayoría de los cuestionamientos tienen que ver con la teoría y su predicción. James Galbraith señala que, debido a su particular medida de capital, Piketty equipara erróneamente tasa de rentabilidad con productividad marginal del capital, lo cual echaría por tierra su sencilla teoría basada en la relación $r > g$. El economista del desarrollo Debraj Ray es aún más lapidario: el planteamiento teórico de Piketty, y sus predicciones, no cumplen el principio de “falsabilidad” (ser comprobable o refutable) que debe satisfacer cualquier teoría científica.

Larry Summers, ex-asesor de Obama, ofrece una visión más equilibrada de CSXXI. En primer lugar, valora positivamente su estilo “épico y filosófico” similar al de Smith, muy distinto a la “prosa tecnócrata” moderna que ahuyenta a lectores importantes que desconfían a priori de los economistas (políticos con poder para tomar decisiones, por ejemplo). En cuanto a la

teoría concede que, sea esta válida o no, su sencillez es un aporte importante como referencia para el debate. Sin embargo, Summers considera errada la predicción de que en el futuro “ $r > g$ ”, ya que “los economistas creen universalmente en la ley de los rendimientos decrecientes del capital”, es decir, que cada unidad adicional de capital genera cada vez menos producción. Por tanto, deberíamos esperar que la rentabilidad del capital tienda a caer, más aún si como afirma Piketty el crecimiento de la productividad tenderá a ralentizarse en el futuro. Por otra parte, CSXXI no estaría “enfaticando los aspectos claves” para explicar la desigualdad. **Para Summers, de cara al futuro “la principal narrativa que conecta concentración de capital y desigualdad no está en el crecimiento de las fortunas existentes” sino “en las devastadoras consecuencias de los robots, la impresión digital en 3-D y la inteligencia artificial [...] sobre aquellos que realizan tareas rutinarias”.**

El aspecto más vulnerable de CSXXI es sin duda la propuesta de impuesto global sobre la riqueza. En primer lugar, en un contexto tan políticamente fragmentado como el actual, caracterizado por un resurgir de los nacionalismos, pensar en un impuesto global es para muchos no sólo utópico sino ocioso. En el mejor de los casos, sería una idea para un futuro distante. Pero aun asumiendo que exista voluntad política para crearlo, habría, según Summers, “muchos problemas para implementarlo”. Uno de ellos sería por ejemplo el incentivo que tendrían muchas jurisdicciones a subvalorar el patrimonio a fin de competir para atraer inversiones. Con todo, Summers concede que, pese a su inviabilidad, la propuesta obliga al menos a pensar en asuntos globales que sí que pueden atacarse de manera coordinada si se desea combatir la desigualdad, tales como: los paraísos fiscales, el secreto bancario, el lavado de dinero o el denominado arbitraje regulatorio.

La controversia alrededor de CSXXI puso de manifiesto que el interés de la sociedad por el tema de la desigualdad no es solamente una preocupación más de académicos o del público llano. El debate mediático que suscitó CSXXI implicó a políticos, funcionarios públicos, académicos y miembros de la comunidad financiera y empresarial. **En ausencia de una “teoría general de la desigualdad”, el público no especialista demanda respuestas ante la necesidad de hacer algo para atacar el problema, y sus indeseables consecuencias políticas.** Más aún, la mera idea de una teoría – válida o no– que explica por qué la desigualdad es consustancial al capitalismo parece haber alimentado la necesidad de explorar otras visiones y ángulos del tema. Esta necesidad ha intentado ser satisfecha con nuevos libros en clave divulgativa, por parte de algunos especialistas.

4. El “efecto Piketty” en la industria editorial

“
Otros autores han puesto el foco en alternativas de políticas públicas viables para atacar el problema, evitando teorizar demasiado sobre el tema. Este es el caso de *Desigualdad: ¿qué podemos hacer?*, de quien fuera uno de los economistas más reconocidos en el área, Anthony Atkinson.

En *Desigualdad global: un nuevo enfoque para la era de la globalización* (Milanovic, 2016) el autor, quien en general coincide con las tesis de Piketty, afirma sin embargo que no existe una relación inmutable entre desigualdad y crecimiento. Más bien, en ciertos períodos el crecimiento fomenta la desigualdad y en otros la reduce. Según la evidencia mostrada por Milanovic, la creciente desigualdad actual estaría condenada a revertirse en algún momento, pues el comportamiento de la desigualdad sigue un patrón de “oleadas” que suben y bajan. Sin embargo, según la crítica Milanovic no responde satisfactoriamente una cuestión crucial: ¿qué debe ocurrir para que se revierta la tendencia actual?

Otros autores han puesto el foco en alternativas de políticas públicas viables para atacar el problema, evitando teorizar demasiado sobre el tema. Este es el caso de *Desigualdad: ¿qué podemos hacer?*, de quien fuera uno de los economistas más reconocidos en el área, Anthony Atkinson (2015). A diferencia de Piketty, Atkinson no se limita a atacar el problema proponiendo sólo tributación progresiva. Este autor británico ofrece todo un menú de políticas públicas, entre las que figuran viejas opciones reformuladas y propuestas innovadoras. Entre estas últimas está la intervención pública en los procesos de cambio tecnológico (asumiendo que estos no son 100% exógenos), a fin de que estos no reduzcan la empleabilidad de las personas. También destaca su propuesta de “renta de participación”, la cual consiste en un monto pagado a todo ciudadano que “participe en la sociedad”, bien sea en el mercado de trabajo o como trabajador voluntario, extensible a quienes puedan justificar su no participación con razones válidas (incapacidad, enfermedad, etc.). El menú de políticas contenidas en *Desigualdad* toma como referencia el contexto institucional y social del Reino Unido, pero el autor las considera asimilables al menos para los países de la Unión Europea.

En un contexto estadounidense, Robert Reich, ex-Ministro del Trabajo de los EEUU, publicó recientemente *Salvando el Capitalismo* (Reich, 2015). Su premisa básica es que todas las instituciones, incluyendo el mercado y la legislación liberal, son posibles gracias a la intervención de grupos de interés humanos, tanto públicos como privados. Por tanto, la intervención del Estado no es sino un avatar más de esta tendencia de la sociedad. Durante las últimas décadas, han sido las corporaciones y las élites económicas quienes en EEUU han escrito las reglas del juego. El Estado debe ahora recobrar el control para garantizar la igualdad de oportunidades que una vez existió y que se habría perdido. En cuanto a propuestas, Reich engrosa la fila de especialistas que plantean la creación de una renta básica universal, es decir,

“
 El debate público muestra indicios incipientes de que la sociedad –y algunos de sus políticos– estarían comenzando a concienciar la gravedad del problema, prescindiendo de si su causa es orgánica o accidental.”

un estipendio fijo para todos los ciudadanos, sin condiciones de acceso. Distintas variaciones de esta propuesta han ganado fuerza en algunos países, y se han traducido ya en programas pilotos a nivel local o regional -como el de la provincia de Ontario, Canadá- a fin de conocer sus efectos sobre la población. Multimillonarios como Mark Zuckerberg –creador de *Facebook*– defienden este tipo de propuestas como solución a la destrucción masiva de puestos de trabajo que ocurriría en décadas futuras, debido a tecnologías como la inteligencia artificial.

5. Conclusiones

Difícilmente sabremos algún día, con la aparente certeza de Marx o de Piketty, si el capitalismo tiende por naturaleza a crear desigualdad. El brote de interés del público lector (y de la industria editorial) por el tema sugiere que la preocupación que reflejan las encuestas comienza a generar respuestas. En general, el debate público muestra indicios incipientes de que la sociedad –y algunos de sus políticos– estarían comenzando a concienciar la gravedad del problema, prescindiendo de si su causa es orgánica o accidental. **El retorno a los niveles de desigualdad del siglo XIX podría tener consecuencias políticamente muy desestabilizadoras, tal como enseña la historia del siglo XX.** De momento, parece suficiente que este mensaje sea recibido y procesado por las élites económicas y políticas del mundo.

6. Referencias

Atkinson, Anthony (2015). *Desigualdad: ¿qué podemos hacer?*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Milanovic, Branko (2016). *Desigualdad global: un nuevo enfoque para la era de la globalización*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Piketty, Thomas (2014): *El Capital en el Siglo XXI*, México, D.F: Fondo de Cultura Económica.

Reich, Robert (2016). *Saving Capitalism for the Many, Not for the Few*, Nueva York: Penguin Random House.

ZOOM Económico

Zoom Económico, del Laboratorio de la Fundación Alternativas, analiza con rigor y didáctica la realidad económica y financiera presente. La colección permite, a destacados investigadores y practicantes del mundo económico y financiero, iniciar un debate sobre el papel que ocupan, y deben de ocupar, la economía y las finanzas en el ámbito privado y público de la economía española, europea y mundial.

Jesús Ruiz-Huerta,

Director del Laboratorio de Alternativas

Coordinación: Luis Fernando Medina

Autor:

Iván Martínez Calcaño, es economista, formó parte de la extinta Oficina de Asesoría económica de la Asamblea Nacional de Venezuela y fue miembro del servicio de estudios de la filial del banco BBVA en Venezuela. En la actualidad cursa el Master de Periodismo Económico de la URJC.

Edición: Sergio Torres Pascual

Maquetación: Vera López López

ISSN: 2341-0132

Documentos publicados

- 2012/Nº 01. **¿Son incompatibles las reglas de equilibrio presupuestario del nuevo tratado europeo con el Estado del Bienestar?. Raimon Baiges y Aleix Pons.**
- 2012/Nº 02. **Crisis del Área euro y de gobernanza en sus Estados miembros. Carlos Maravall.**
- 2012/Nº 03. **Una reforma, dos opiniones: la reforma del mercado laboral en España.**
1. Mercado de trabajo y reforma laboral, **por Pablo Gimeno Díaz de Atauri.**
 2. Mercado de trabajo y reforma laboral, **por Antonio González González.**
- 2012/Nº 04. **Hacia un sector eléctrico sostenible. Juan Delgado.**
- 2012/Nº 05. **Crisis de deuda y calidad de las instituciones políticas: ¿qué relación hay?. Sebastián M.Saiegh.**
- 2012/Nº 06. **La crisis económica y su impacto en la economía real de los hogares. Olga Salido.**
- 2013/Nº 07. **De la dación en pago a la ley de quiebra personal. Héctor Otero, Javier Anibarro y Sergio Puerto.**
- 2016/Nº 08. **Propuestas de lucha contra la pobreza en los hogares con niños a través del sistema de impuestos y prestaciones sociales. Jesús Ruiz-Huerta y Luis Ayala.**
- 2016/Nº 09. **Brechas Salariales de Género en España. J. Ignacio Conde-Ruiz e Ignacio Marra de Artíñano.**
- 2018/Nº 10. **La caída del peso económico de las rentas del trabajo. Carmen Vizán Rodríguez.**